

Bibliografía

BONNET Y REVERON, Buenaventura, y HARDISON Y PIZARROSO, Emilio.—“América, espacio vital de nuestro archipiélago” y “Colón y Canarias”. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. La Laguna. Imp. Curbelo, 1943.

La Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife, alerta siempre a las manifestaciones culturales, celebró el pasado año una solemne sesión pública, acaso la más importante de cuantos actos se celebraron entre nosotros para conmemorar el 450 aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Dos notables conferencias pronunciadas el 12 de octubre del referido año pasado, recoge ahora la ilustre Corporación en un cuidadoso trabajo pulcramente editado por los talleres Curbelo. Se trata en uno del examen detenido de las relaciones que tuvo el Archipiélago durante los siglos XVI, XVII y XVIII con América, debido a la pluma del diligente investigador Sr. Bonnet, que estudia con gran acopio de datos las vicisitudes de nuestro comercio con las Indias.

El Sr. Bonnet ha tenido la virtud de mostrarnos que los números poseen su poesía y hasta su drama; los números escriben una página angustiada para nuestro comercio cuando el impuesto del 1 por ciento recargaba la economía del país con objeto de poder atender a las peticiones pecuniarias de la Corona. Y era la Corona después la que nos exigía escribir con cifras cuyas unidades eran humanas, a cambio de concedernos la franquicia necesaria para traficar con los determinados puertos de Indias que fijaba Madrid. Más de 250.000 canarios fueron a poblar América, contribuyendo con su presencia en las nuevas tierras a extender la semilla y aún la idiosincrasia de nuestro país. No es de extrañar que el Sr. Marqués de Lozoya vea en los ajimeces de la femenina ciudad de Lima, el lejano eco del barrio de la Vegueta, nudo de enlace del arte colonial entre España y América. En reciprocidad a permitirnos desenvolver nuestra riqueza, las islas dieron a la Corona más de millón y medio de ducados, cantidad por sí sola elocuente; más elocuente acaso que la relación más circunstanciada de un memorial o que un canto épico. Cuando los dramáticos días de la crisis de nuestro comercio, porque teníamos que competir desventajosamente con la Península, pues mientras ella devengaba el 6 por ciento, nosotros contribuíamos con el 15, un patriota insigne, el marqués de Villanueva del Prado, D. Tomás de Nava Grimón, dice en un memorial que las angustias del país sólo el cielo las oye, que tal estado de cosas lo ven y lo saben en la Corte, pero que no se puede proponer un

asunto en el que perdería la Real Hacienda. "Como si la Real Hacienda—agrega el prócer—fuese un verdugo inhumano de los vasallos del Rey..."

El segundo trabajo, debido a D. Emilio Hardisson está dedicado a los viajes de Colón en lo que se refiere a su estancia en Canarias. El Sr. Hardisson, basándose en la relación de Miguel Cunneo, un marinero que acompañó al Almirante en su segundo viaje, sugiere la posibilidad que Colón buscara no tanto el puente intermedio de paso al Nuevo Mundo, como los bellos ojos de la señora de la Gomera, D^a Beatriz de Bobadilla, que un día despertó los celos de la Reina Isabel. Tal es el nervio más sugestivo del interesante trabajo del Sr. Hardisson, bien documentado en bibliografía del Almirante; ese "Quijote del Océano", según Wassermann, acaso tuvo en nuestros mares, la voz de una sirena que le encantase en el sortilegio de su hermosura y discreción.

Nuestra enhorabuena a la Económica y a su director D. Tomás Tabares de Nava, al celo del cual ha sido posible tan interesante publicación.

M. R. A.

ZUBILLAGA S. J., Félix.—"La Florida, la Misión Jesuítica (1566-1572) y la Colonización Española". Vol. I de la "Bibliotheca Instituti Historici S. I.", Roma. 1941.

El 28 de febrero de 1941 se terminó de imprimir el volumen I de la "Bibliotheca Instituti Historici S. I." de Roma, titulado "La Florida, la misión jesuítica (1566-1572) y la colonización española" de que es autor el jesuita español P. Félix Zubillaga, doctor en Historia Eclesiástica y redactor de "Monumenta Historica S. I."

Con retraso, pues, damos esta nota bibliográfica. El libro, cuyo título no deja lugar a dudas, no es de un interés directo para la Historia de Canarias; no obstante, contiene referencias útiles para ella y que pueden completar o aclarar noticias ya conocidas.

Tal es, por ejemplo, el relato de la escala que hicieron los misioneros de la primera expedición jesuítica a la Florida, que desembarcaron en Las Palmas el 7 de julio de 1566. Permanecieron hasta el 13, y el 9, "octava de la Visitación de Nuestra Señora, por invitación del provisor, predicaba el padre Martínez" —el mismo que tres meses y medio después encabezaría con su muerte creuenta la lista gloriosa de las víctimas jesuíticas en la Florida—"ante una apiñada multitud a cuya cabeza se distinguían los gobernadores y gente principal."

El P. Zubillaga confirma la bien ganada fama de hospitalidad de nuestras islas; ¿quién no reconoce esta nuestra constante virtud en las palabras del jesuita vasco?: "La acogida que se tributó a los misioneros en toda la ciudad fué espléndida. Muchos querían llevarlos a sus casas ofreciéndoles benévolo hospedaje y aun por varias partes tuvieron ofertas de dinero para fundar colegio." (Cap. X -25- pág. 237).

Pero antes de que los misioneros pasaran por nuestras islas lo había hecho Pedro Menéndez de Avilés, el promotor de la obra misionera de la Compañía de Jesús en La Florida. Este, con su flota, "zarpaba de Cádiz, el 28 de junio de

1565. Constaba su armada de un poderoso galeón, cinco chalupas, un bergantín y tres carabelas; alrededor de mil expedicionarios, entre los que la gran mayoría eran soldados, no pocos oficiales, y cuatro sacerdotes seculares. Después de una permanencia de pocos días en las Canarias, a donde venía destinada una de las carabelas, salían para Puerto Rico." (Cap. 1X -17- págs. 184 y 185).

Las aguas del Archipiélago, sin embargo, no siempre eran propicias a los viajeros que las cruzaban: los jesuitas destinados a la evangelización del Brasil lo habrían de atestiguar.

Nuestro autor, al narrar el encuentro de los misioneros del Brasil y de la Florida en Cuba—a cuyas playas los elementos desatados habían arrojado a los primeros—hace un paréntesis para recordar a sus compañeros de Orden que ganaron la palma del martirio junto a Canarias: "En los primeros días de junio de 1570 salía de Lisboa una flota portadora de setenta misioneros jesuitas, con ruta para el Brasil. Una de las naves en que iba el superior de toda la expedición, padre Ignacio de Azevedo con treinta y nueve compañeros, próxima a las islas Canarias cayó en manos de los hugonotes franceses, capitaneados por Jacques Soria, que saciaron su furor contra los inocentes mensajeros apostólicos, matándolos a todos, excepto uno. Muy pronto se completó el número de los invictos campeones con el sobrino del capitán de la nave, llamado Juan, que se asoció valientemente al glorioso escuadrón de los que morían por la fe. A todos ellos la Iglesia ha honrado con la inmarcesible corona de los mártires y beatos." (Cap. XV -10- pág. 401).

De muy otra índole es la noticia que da el P. Zubillaga relativa a la intervención del Obispo de Canarias en el proyectado establecimiento de la diócesis de la Florida.

Carlos V, en 1519, había solicitado la creación de una diócesis en Yucatán, a lo que la Santa Sede accedía inmediatamente. Un año después se recibía en Roma una nueva petición para que se erigiera en la Florida—cuyo territorio prometía, según las noticias que enviaban a España sus descubridores y primeros visitantes, fácil campo para la evangelización—otro Obispado. Reunido el consistorio el 5 de diciembre de 1520, "se expedía la bula de erección de la diócesis floridana", pero "si en la de Yucatán la limitación del territorio diocesano se dejaba a la voluntad del emperador", "en la de la Florida se confiaba a los obispos de Palencia y Canarias o uno de los dos". (Cap. II -9- págs. 42 y 43).

Pero lo que en el libro del P. Zubillaga tiene mayor importancia para nosotros son los datos biográficos que contiene sobre un canario singular.

Se trata de un Hermano jesuita natural de Telde en Gran Canaria llamado Agustín Vázquez.

Nacido a fines de 1537 o principios de 1538, estudia artes y cánones en Salamanca y, allí, entra en la Compañía de Jesús, el 11 de octubre de 1562, con el grado de "hermano coadjutor". A los dos años hace sus votos y ejerce el oficio de sacristán en el Colegio de Salamanca hasta 1566 que pasa al de Valladolid como portero, mereciendo de su Provincial, el P. Carrillo, un encendido elogio: "el her^o Vázquez también es necessaríssimo por la fidelidad que es necesaria en el portero de aquella casa, por lo qual de toda la provincia fué escogido." (Carta del P. Carrillo a San Francisco de Borja de 24 -IV- 1567).

Su vocación misionera y sus votos son casi simultáneos: antes de abando-

nar el Colegio salmantino ya había solicitado de San Francisco de Borja que lo mande al Japón, donde su labor no resultaría inútil, dice, porque "tengo jeso y color propio de hombre de aquella tierra". (Carta de Vázquez a San Francisco de Borja de 4 -XII- 1565).

¿Tendría sangre aborigen nuestro jesuita? Recordemos la observación que sobre el color de los canarios hace Colón en su "Diario" al compararlos con los indios antillanos. (Sería interesante comprobar esta hipótesis, que confirmaría la rápida y absoluta cristianización del Archipiélago: tarea digna para los numerosos y competentes genealogistas con que contamos).

No habiendo conseguido su intento, nuestro misionero en potencia vuelve a la carga y pide, en carta a Borja escrita en Valladolid el 10 de mayo de 1566, se le envíe en misión a la Florida. Esta vez tiene éxito y junto con los PP. Juan Bautista de Segura, Antonio Sedeño y Gonzalo del Alamo y los HH. Pedro Linares y Juan de la Carrera, a quienes acompañaban ocho mancebos que les habrían de ayudar en la labor de catequesis, forma la segunda expedición de misioneros jesuitas que partió para la Florida.

De Sevilla salen el 13 de marzo de 1568 y, justo un mes después, el 13 de abril, se hacen a la vela de San Lúcar de Barrameda.

"La primera escala, como de costumbre, fué en Canarias, a donde llegaron el dieciocho del mismo mes, (abril), víspera de Pascua. Acogidos favorablemente por la población, los tres días que allí permanecieron, pudieron comprobar la fructuosa labor de los jesuitas, padre Diego López y hermanos Luis Ruiz y Alonso Jiménez, instalados allí desde hacía casi un año. En la asidua labor del confesionario tocó también su parte no pequeña a los diligentes expedicionarios. El dignísimo obispo doctor Bartolomé de Torres que llevara a los jesuitas a aquellas islas y los estimulaba después con su admirable y apostólico ejemplo, incansable celo y caridad, había muerto el primero de febrero de aquel año (1568); el día anterior había sucumbido igualmente el padre Lorenzo Gómez, compañero de los tres celosos misioneros."

"Después de pocos días de tan activo descanso, el veinticinco de abril (de 1568), reanudaban los floridanos su viaje." (Cap. XIII -23- pág. 830).

Después de una travesía no exenta de peligros (la nave de nuestros misioneros estuvo a punto de deshacerse contra unas rocas en el mar Caribe) llegaron a Puerto Rico dónde permanecieron desde el 29 de mayo al 3 de junio de 1568, día en que, de nuevo, el Hermano Vázquez y sus compañeros zarpan con rumbo a la Florida.

Por fin el 19 de junio llegan los expedicionarios a San Agustín, pequeño establecimiento español de la costa oriental de la Florida. Allí encuentran a la guarnición bajo la deprimente impresión producida por la reciente y tremenda matanza de los españoles del vecino puesto de San Mateo, por obra de los franceses de Gourgues.

Mientras los demás jesuitas se dirigen a La Habana—escogida como centro misional directivo—y acompañado de algunos mancebos catequistas y de tres indios timucuanos, bautizados en Sevilla, que venían con la expedición, el H. Vázquez se queda en San Agustín para iniciar la evangelización y aprender la lengua, condición sine qua non para el éxito de los trabajos que entonces comenzaban.

Viviendo la vida azarosa de todo misionero en país salvaje; unas veces optimista, hasta el punto de que el P. viceprovincial procuró se levantase casa donde explicar la doctrina, otras con la convicción—¡qué verdadera había de resultar!—de que la lucha era demasiado desigual, el H. Váez permanece en San Agustín hasta que, a las órdenes del P. Sedeño, fué destinado a Guale en las provincias septentrionales de la Florida.

“En la cuaresma de 1569 daban allí principio a sus fatigas apostólicas el padre Antonio Sedeño, el hermano Agustín Váez y algunos mancebos.” (Capítulo XIV -20- pág. 371.)

Así se explica el P. Zubillaga, y duras, en verdad, debieron ser estas fatigas: la tierra, toda arena y llena de ríos y pantanos, sostenía una población diseminadísima fraccionada en infinidad de pequeños poblados de, a lo sumo, veinte vecinos, cada uno de ellos bajo la jurisdicción del propio cacique. Por añadidura, los indios, al decir del P. Sedeño, “eran como bestias y dados a vicios y pecados enormes” y continuamente guerreaban entre sí.

Estas fatigas, este calvario, nuestro teldense no lo soportaría mucho tiempo: hacia principios de diciembre de 1569 murió el Hermano Váez.

El P. Zubillaga canta con estas palabras su elogio:

“Pérdida lamentable pues sabía hablar bien la lengua gualeana, la enseñaba a los demás misioneros y había traducido a ella las oraciones y doctrina cristiana, poniéndolas en verso, para facilitar el aprendizaje de los indios. El padre viceprovincial lo había señalado ya para predicar en la tierra firme de aquella región.”

“Era ésta la segunda víctima jesuita que ofrecía su sangre por la conversión de los indígenas floridanos.” (Cap. XIV -23- pág. 373.)

¿Sacrificio inútil?

Los jesuitas abandonaron la Florida en 1572, pero al año siguiente otros obreros de la viña del Señor, los franciscanos, “en aquella misma región de Guale darían principio..... a una misión gloriosa”.

Conocida es la ubérrima cosecha que la Iglesia obtuvo en Norteamérica como resultado de la siembra franciscana y para nosotros, canarios, nos es grato imaginar el júbilo con que el humilde Hermano Agustín Váez, nuestro claro compatriota, viera desde el Cielo su sueño convertido en realidad.

Tales son, según el P. Zubillaga, los hechos y los días del teldense Agustín Váez, émulo y contemporáneo de otro gran jesuita canario: el tinerfeño Venerable Padre José de Anchieta, Apóstol del Brasil.

EMILIO HARDISSON

Roma, abril de 1943.

PERDOMO ACEDO, Pedro.—“La muerte imaginada”.
Colección para 30 bibliófilos. Editada por J. M. Trujillo. 1943.

El tema de la muerte en literatura ha sido hartó abordado en las letras extranjeras; pero en España—por razones que no son del lugar—de una manera intensiva. Frente al tema de la muerte, cada generación literaria ha reac-

cionado de manera distinta; más aún, ha sido piedra de toque para encasillar a las promociones literarias. Desde los días de las danzas del siglo XV, al clínico "Doctor Death", de Azorín, los escritores han asumido determinada postura frente a un tema de tan superlativa inquietud como el de la muerte. Nuestro Unamuno (como ve sagazmente Julián Marías en su reciente ensayo sobre D. Miguel, que hemos comentado en otro lugar) es el gran ensayista de la muerte a quien su preocupación por ella le lleva a anticiparla novelísticamente.

En estos días dramáticos que vive el mundo y en los que tan trágica dama consume acaso las mejores vidas, ella, la muerte, como valor de arte cobra nueva sustancia estética también. En esta circunstancia hay que alojar los siete sonetos (el primero con estrambote) que Pedro Perdomo Acedo ha publicado en una corta edición de escasos ejemplares y que pregona el buen gusto impresor de Juan Manuel Trujillo.

El viejísimo y estremecedor asunto inspira al poeta siete composiciones de acierto desigual, dentro del clima poético actual y que iniciadas "junto al pie del estribo" de Escrivá, hondamente promovidas en la dedicatoria del "Persiles", tienen empero, su "Parca" y su "Caronte" un tanto gastadas por el averiado uso de gentes con las que sabemos que Perdomo nada tiene que ver. Vocablos rebuscados, por el contrario, verbos obligados a sustantivarse, etc., por exigencias de la métrica sin duda, dan a la composición una contextura forzada, enemiga de toda poesía, como puede verse con esos "estrobo", "so-bo", "bogo", del soneto IV, por ejemplo. Pero al lado de esto, imágenes como "el silencio es la sombra del oído", o el correctísimo soneto VII, avalan el buen tono general de la pulcra edición.

M. R. A.

PADRON ACOSTA, Sebastián.—"Antología de La Laguna y su Santísimo Cristo". Fiestas de septiembre de 1943. Santa Cruz de Tenerife.

Sin pie de imprenta y con abundantes anuncios en sus páginas, los que, por lo dicho en el prólogo, hicieron posible la publicación, ha lanzado al mercado con motivo de las fiestas laguneras de septiembre, el Sr. Padrón Acosta una edición de índole divulgadora solamente.

Después del prólogo, inserta un trabajo de evocación literaria a La Laguna titulado "El último rigodón", otro a "La Laguna y sus poetas" y otro al "Santísimo Cristo de La Laguna". El resto de la publicación lo integran páginas antológicas de verso y prosa. Las de verso las firman los poetas Antonio Zerolo, Luis Álvarez Cruz, Manuel Verdugo, Domingo J. Mahrique, Emeterio Gutiérrez Albelo, Juan Pérez Delgado, Francisco Izquierdo y Francisco Caballero. Los trabajos en prosa lo firman J. Pérez Andreu, Fray Andrés de Abreu, Francisco González Díaz, J. N., José Rodríguez Moure y Fray Julián Sánchez. Una publicación en suma, que de haber estado impresa con cuidado y seleccionada con esmero, hubiera ganado en todos sentidos.

M. R. A.

FR. JOSE DE SOSA.—“Topografía de la Isla de Gran Canaria...” Año 1678. Biblioteca Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1943, 82.

Prosiguiendo su labor de reedición de nuestras fuentes históricas conocidas, la benemérita Biblioteca Canaria ha reimpresso esta interesante obra, según la primera edición de la Isleña, de 1849. Como saben nuestros lectores, no se trata de ediciones críticas (así en ésta no se ha pensado en aprovechar el manuscrito original del P. Sosa, que hoy sabemos conservado, aunque mutilado, en la Biblioteca de la Cosmológica de Santa Cruz de la Palma) pero, sí de textos generalmente correctos y que permiten bien suplir la falta de ejemplares de las ediciones que de ellos se hicieron en el siglo pasado y que hoy es imposible adquirir. Esto es bastante para que la empresa se haga acreedora a nuestro agradecimiento, tanto más si recordamos que otros impresores que han intentado una labor análoga (por ejemplo, en Guía de Gran Canaria) no han conseguido nada equivalente. La “Topografía” es una de las últimas crónicas que todavía pueden considerarse fuentes originales de nuestra historia y su cómoda consulta será provechosa a los aficionados como a los eruditos.

GARCIA RAMOS, Rosendo.—Revista de las primeras noticias escritas sobre las Islas Canarias, con algunas observaciones acerca de las mismas y comparación con el actual estudio geológico y paleontológico del país. Año 1878. Biblioteca Canaria, Sta. Cruz de Tenerife, 1943.

Este otro volumen de la Biblioteca Canaria ofrece en cierto aspecto mayor novedad que la Topografía del P. Sosa, pues la labor de nuestros eruditos locales, como fué García Ramos, quedó por lo común oculta entre las páginas de los periódicos, a veces simples diarios, y su vida y divulgación fué tan efímera como estas hojas perecederas. Conocíamos de Rosendo García Ramos (1835-1913) trabajos publicados en 1880 en aquella “Revista de Canarias” que dirigió Elías Zerolo, y aún artículos en “Diario de Tenerife” en 1899, todos ellos tocantes principalmente al tema de nuestros aborígenes. Pero no teníamos noticia del estudio ahora estampado, que, no obstante, no será tampoco inédito, aunque el editor no nos dice de donde lo extrae.

Como el título indica, este trabajo de García Ramos se consagra principalmente al prolijo estudio de los textos clásicos y sus comentaristas, para extraer de ellos algunas noticias sobre nuestras islas. Es labor ingrata, esto es, áspera y de escaso rendimiento, a la que han consagrado sus mejores desvelos todos nuestros historiadores. Repasando desde la Odisea hasta Solino y desde los egipcios a los romanos no añade una idea aprovechable a lo ya dicho por Viera y aun otros antes que éste. Sería naturalmente inútil buscar un valor propiamente científico y actual a trabajos de exégesis que cuentan más de medio siglo; pero además G. R. hace alarde en el capítulo VII de su obra de una ignorancia

y un desprecio tan grandes de las posibilidades de la Etnología y de la Arqueología, que resulta chocante aun para aquellas fechas y más en un autor que más adelante, suponemos, mostró especiales y provechosas aficiones a estas ramas de la ciencia. Pero entonces afirmó que los utensilios de piedra "suelen ser obra de los hijos de nuestros cabreros y pastores".

Una sucinta biografía del autor avalora esta edición.

E. SERRA.

VIVANTE, A., e IMBELLONI, J.--Libro de las Atlántidas. Humanior, Biblioteca del Americanista moderno. Buenos Aires [1939], 8º

El tema inagotable de la Atlántida lo consideramos del todo ajeno a los estudios canarios (desde luego de los históricos) y lo tenemos excluido de nuestros ficheros bibliográficos. No obstante, como ha dado mucho que pensar a nuestros estudiosos y entre ellos a García Ramos en la obra que arriba comentamos, hacemos excepción para este libro de dos eruditos argentinos. Se trata, por caso raro, de un trabajo rigurosamente científico que examina una tras otra todas las hipótesis de un continente desaparecido en el ámbito de nuestro Océano, y las reduce a sus verdaderos términos. El mito atlántico de Platón es también estudiado magistralmente y encerrado en el círculo de ideas donde nació. A todos los que todavía inquieta este problema en relación con el pasado histórico de nuestras islas (o con independencia de ellas), les aconsejemos la lectura de esta obra, si consiguen vencer las casi insuperables dificultades de adquisición.

E. SERRA

